

Capítulo 33

El mundo en los albores del siglo XXI

El importante proceso reformista aplicado por medio de la *perestroika* en la Unión Soviética se extendió más allá de sus fronteras en la década de 1990: las tropas soviéticas salieron de Afganistán; se derribó el muro de Berlín y se alcanzó la reunificación alemana; cambiaron las relaciones entre la URSS y los países de la Europa Oriental, y se modificaron sustancialmente los vínculos de cooperación entre Estados Unidos, Europa Occidental, Japón, Corea y la misma Unión Soviética.

El colapso del bloque socialista

La desintegración de la URSS y la formación de la Comunidad de Estados Independientes (CEI)

Al interior de la URSS, el propósito de la *perestroika* era la transformación abierta y plural, con amplias y garantizadas libertades dentro de la sociedad soviética. Se impuso el tránsito a una economía inmersa en leyes mercantiles, fuera de aquella economía planificada y controlada centralmente por el Estado.

A finales de 1990, Gorbachov advertía la necesidad de mantener la unidad soviética para garantizar la sobrevivencia de la URSS. Por tal motivo, y pese a mostrar una actitud poco compatible con el espíritu de la *perestroika* y de la *glasnot*, se promovió el centralismo con dominio estatal. Se aplicó “mano dura” en el control del orden interno y de los conflictos interétnicos, además de garantizar el proyecto privatizador de la economía soviética.

La respuesta a esa nueva situación se encaminó hacia pretensiones separatistas que terminarían con la desintegración de la Unión Soviética. Las primeras repúblicas que declararon su independencia fueron Lituania (11 de marzo de 1990), Estonia (30 de marzo de 1990) y Letonia (4 de mayo de 1990); aunque fue hasta finales de agosto y principios de septiembre de 1991 cuando obtendrían los reconocimientos diplomáticos. También proclamaron su independencia otros países socialistas como Georgia (9 de abril de 1991), Rusia (julio de 1991), Armenia (23 de agosto), Ucrania (24 de agosto de 1991), Bielorrusia (25 de agosto de 1991) y Moldavia (27 de agosto de 1991), entre otros.

Con el Acuerdo de Brest, celebrado el 8 de diciembre de 1991, Bielorrusia, Rusia y Ucrania declaraban la inexistencia de la URSS, y se constituían en la Comunidad de Estados Independientes (CEI), con capital en Minsk, con un espacio militar y económico comunes, aun cuando no se marcara la existencia de un poder central. El 30 del mismo mes el acuerdo sería ratificado, con lo que la URSS dejó de ser una realidad geográfica y política. Tres serían los grandes temas que deberían marcar las normas de convivencia entre los Estados adheridos a la CEI: el peso del dominio ruso, el destino de las fuerzas armadas y el manejo de la economía.



Ver mapa 29

La CEI se conformó como una alianza transitoria mediante la cual se asumiría la desintegración soviética y la nueva etapa independiente.

Mijaíl Gorbachov, seguro de sus convicciones y dejando en claro que él había encontrado al país en crisis económica, renunció a su cargo el 25 de diciembre de 1991. Cedió el control a Boris Yeltzin, presidente del parlamento, quien eliminó el Estado comunista: convocó a elecciones, dio libertad de prensa, inició la privatización de la economía y se abrió al mundo capitalista. La carrera armamentista y el aparato burocrático desmoronaron el sistema implantado por la Revolución de Octubre de 1917. Sin embargo, el viejo sistema se colapsó antes de que funcionara el nuevo. La inquietud era grande porque los pueblos se dispersaron y dejaron de ser ciudadanos del gran país que era la URSS.

La caída del muro de Berlín. La reunificación alemana

Al término de la Segunda Guerra Mundial, y después de una controvertida y trascendental decisión tomada en las conferencias de Postdam y Yalta, la división de Alemania en dos Estados fue un hecho. La República Federal Alemana (RFA) se integraba al sistema capitalista, bajo la tutela de las naciones vencedoras, al ingresar a la OTAN en 1954; mientras que la República Democrática Alemana (RDA) lo hacía al bloque socialista, bajo el dominio de la Unión Soviética, al firmar el Pacto de Varsovia en 1956.

En Alemania Oriental (RDA), a la muerte de Wilhelm Pieck, presidente desde 1960, comenzó el gobierno del Consejo de Estado basándose en el modelo soviético. Se colectivizaron las tierras, desaparecieron empresas de medianos y pequeños propietarios, y se levantó un Estado totalitario. La situación económica no era nada prometedora. Gran parte de la población decidió abandonar el país por Berlín occidental. Para detener el éxodo la RDA decidió levantar un muro en la ciudad. En agosto de 1961, Alemania quedó separada físicamente con la construcción del muro de Berlín.

La República Democrática Alemana continuó su desarrollo bajo la dirección del Estado, el cual controlaba la economía, las condiciones de trabajo de los obreros y, en general, todo lo que ocurría en el país. Las relaciones con la Unión Soviética se afianzaban a través de la adhesión a tratados como el de Amistad, Cooperación y Asistencia Mutua firmado en 1975. La imagen en el extranjero crecía. Alemania Oriental era capaz de obtener éxitos considerables en las contiendas deportivas; el régimen funcionaba bajo el adoctrinamiento al ejército y a la población, y se evitaba el contacto con extranjeros, enemigos clave del sistema.

El escenario cambiaría en la década de 1980. La muerte del líder soviético Leonid Brezhnev inició el distanciamiento con la potencia hegemónica del bloque socialista; las necesidades financieras, comerciales y tecnológicas para soportar el desarrollo interno aumentaban y se dificultaba el abastecimiento de bienes de consumo. Aunque la *perestroika* despertaba esperanzas en las nuevas generaciones, los problemas económicos y sociales se evidenciaban a través de protestas, las cuales eran reprimidas. En 1989 la situación se agravó cuando las marchas y la represión se agudizaron y provocaron que cientos de alemanes orientales trataran de refugiarse en Alemania Occidental. El 22 de diciembre de 1989, por la puerta de Brandenburgo se abrió el muro de Berlín, en tanto que el parlamento de la República Democrática Alemana reformó la constitución, eliminando aquello que determinaba el sistema socialista. Entonces se planteó la reunificación de las dos Alemanias.

Por iniciativa de Helmut Kohl, presidente de la República Federal Alemana, en 1990 se comenzó a organizar la unificación. En ese mismo año entró en vigor la unidad monetaria, la antigua RDA se transformó en Estado federal y se convocó a elecciones. Helmut Kohl, candidato del Partido Demócrata Cristiano, resultó vencedor. Se logró también la unidad política.

La unificación suscitó problemas económicos y sociales que se agrandaron debido a la inmigración de europeos orientales, al aumento del desempleo y al nacimiento de un movimiento neonazi; sin embargo, con el compromiso ante el parlamento europeo de que Alemania no constituiría ningún peligro para Europa, el proceso de integración continuó.

La división de Checoslovaquia

Al igual que en otras naciones de Europa Oriental, la reacción de Checoslovaquia a las reformas promovidas por la Unión Soviética fue negativa. En 1986, y a pesar de la presión de Moscú sobre Praga, el gobierno anunció su desacuerdo a la descentralización económica. En 1987, el presidente Gustav Husak —figura política principal de la etapa posterior a la invasión soviética— transigía proclamando la posibilidad de reformar económicamente al país, aunque se negaba a hacerlo en el ámbito político, donde se caracterizó por la mano dura, lo cual no alentaba las esperanzas de cambio. Un año después, la economía mostró un declive constante, a la vez que se incrementaron las manifestaciones contra el gobierno. Sin embargo, aún se declaraba un rotundo “no” a la *perestroika* y a la *glasnot*.

El descontento se concretó en la formación de un partido político: el Foro Cívico, cuyo líder, Vaclav Havel, era una de las principales figuras de la oposición al régimen. Las presiones interiores y exteriores orillaron a Husack a renunciar a la presidencia en diciembre de 1989, cuando Vaclav Havel fue elegido presidente provisional.

El fin del gobierno socialista y la inyección de flujo financiero de Occidente a las regiones de Bohemia y Moravia, así como la acelerada privatización de bienes, entre otros factores, permitieron la transición al capitalismo y la división pacífica de Checoslovaquia. El 1 de enero de 1993 se crearon las Repúblicas Checa y Eslovaca, quedando como sus respectivos presidentes Vaclav Havel y Michal Kovac.

El fin de Yugoslavia. La guerra serbio-bosnia

Tras la liberación del dominio alemán en 1945, en los Balcanes se creó una república confederada con un gobierno comunista, encabezado por el mariscal Josiph Broz Tito y sustentado en la Constitución de 1946. En ella participaban diferentes regiones —Eslovenia, Croacia, Bosnia-Herzegovina, Macedonia, Montenegro, Serbia y las provincias de Vojvodina y Kosovo—, pero lo complejo de las relaciones étnico-religiosas no permitió la consolidación real de un Estado-nación. Tal situación fue plenamente reconocida por Tito con estas palabras: “un país con dos alfabetos, tres lenguas, cuatro religiones y cinco nacionalidades que conviven en seis repúblicas y que están rodeadas de siete naciones”.

A diferencia de otras naciones de Europa Oriental, Yugoslavia mantuvo una política de relativa independencia con respecto a la Unión Soviética. La mano dura con la que Tito gobernó se justificó por la necesidad de cohabitación de los diversos grupos étnicos y religiosos.

Pese a la unión, las diferencias entre las regiones no terminaron. Desde 1971 era posible una guerra civil entre serbios y croatas. Como el centro del poder financiero se encontraba en Belgrado, los serbios trataban de establecer una hegemonía económica para sustituir la hegemonía política que tradicionalmente habían sustentado.

En la nueva constitución de 1974 se encontró la solución a la intentona serbia. Tito sería presidente vitalicio, y a su muerte desaparecería ese cargo para establecer una presidencia colectiva, formada por un representante de cada una de las regiones. De este comité, de ocho miembros, se elegiría un presidente cada año. Se pensaba reducir así la tensión entre las diferentes naciones yugoslavas dándoles una representación proporcional.

Con la celebración del Congreso del Partido Comunista Yugoslavo en 1974 se brindó un fuerte apoyo al viejo mariscal (tal vez como un acto deliberado que era parte de la campaña para la reunificación), se estableció una unión de mayor disciplina, así como la centralización en el partido y en el gobierno yugoslavo.

Tras la muerte de Tito, en 1980, el poder se ejerció en forma colegiada; sin embargo, las diferencias étnicas y sociales entre las seis repúblicas pusieron a prueba la solidez de la unión. Entre 1981 y 1985 se gestó una fuerte tensión política en la provincia de Kosovo, pues la población albanesa musulmana no quería ser parte de Yugoslavia, dominada por una pequeña casta que monopolizaba el poder en las instituciones estatales, el ejército y la administración de las industrias, y que organizaba su control a través de la Liga Comunista Yugoslava.



Ver mapa 28

Entre 1986 y 1989 la situación interna empeoró. Los problemas continuaron en la provincia de Kosovo al revocársele su autonomía. Croacia y Eslovenia eligieron gobiernos de tendencia separatista; mientras que en Serbia las fuerzas nacionalistas elegían como presidente a Slobodan Milosevic, dirigente del Partido Socialista, que adoptaría una política interna centralista e iniciaría posteriormente una agresión constante en especial hacia Croacia (contra la cual había establecido una lucha tradicional por la hegemonía de la zona) y Bosnia.

En 1990, a raíz de la caída de los regímenes socialistas de Europa Oriental, se generalizaron los temores de una guerra civil, cuyas causas estructurales se sumaban a la crisis económica manifestada por el desempleo, la inflación y la gran cantidad de huelgas. El aparato estatal se fragmentaba y las diferentes facciones de la casta gobernante buscaban acomodarse en el sistema capitalista mundial, pero ahora como una nueva clase propietaria de los medios de producción unida a intereses ingleses, alemanes, estadounidenses y franceses. Los nuevos aspirantes políticos se arroparon en diferentes banderas nacionales y étnicas para obtener el poder y controlar la mayoría del territorio y sus recursos. La fuerza más consistente era la del viejo estado federal yugoslavo expresada por Serbia, que buscó la alianza con los viejos comunistas de los otros enclaves. Un año más tarde, y ante el fracaso de las alianzas, Belgrado inició los combates contra Croacia y Bosnia-Herzegovina buscando incorporarlas a su región. En Kosovo, fuerzas leales al Estado incitaron a la guerra abierta contra los albaneses y a la expulsión de los opositores al régimen. Macedonia declaró su independencia y finalmente Borisav Jovic, presidente federal de Yugoslavia, renunció al cargo.

La lucha se tornó cada vez más violenta. Después de seis meses de guerra se hablaba de 10 mil muertos en Croacia y, para fines de 1992, de un verdadero genocidio que provocó la huida de más de 3 millones de croatas y serbios. La paz europea estaba en peligro. A pesar de los reiterativos intentos de la ONU y las naciones europeas, no se vislumbraba el final del conflicto. Los planes de paz como el Vance-Owen, firmado en 1992, fracasaron por la complejidad de los enclaves étnico-religiosos que existían a lo largo del territorio. Sin embargo, bajo la iniciativa de William Clinton, el 21 de noviembre de 1995 serbios, croatas y musulmanes bosnios, representados por sus respectivos dirigentes, se volvieron a reunir para firmar una serie de acuerdos en Dayton, Ohio, Estados Unidos. A través de ellos se decidió:

- Dividir el territorio en partes casi iguales (49 por ciento para los serbios y 51 por ciento para la coalición croata-musulmana).
- Abrir un corredor terrestre que uniera el enclave musulmano-bosnio en el este con el resto de la federación croata-musulmana.
- Instaurar Posavina como corredor entre el serbio-bosnio que uniera el noreste de los territorios bajo control serbio-bosnio del este y oeste de Bosnia.
- Levantar paulatinamente las sanciones contra Serbia y Montenegro, así como el embargo de armas para todos los integrantes de la ex Federación Yugoslava.

La paz, sin embargo, no estaría totalmente garantizada. No se había dicho la última palabra en la zona de los Balcanes.

El nuevo orden mundial (NOM)

La guerra del Golfo Pérsico

Durante 1990 el mercado petrolero internacional se caracterizó por una gran turbulencia. El año inició con una oferta petrolera que superaba la demanda y los precios tendían a la baja. Quince de los 20 productores tradicionales de petróleo aumentaron la extracción y algunos de ellos lograron incrementar también sus plataformas de exportación. A diferencia de estas naciones, los llamados *países del cártel independiente* sufrieron el agotamiento en sus mantos y la baja productividad. La Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP)

debía tomar una posición al respecto; sin embargo, se veía entre los miembros una gran división. Argelia, Irán e Irak, cuya clave económica era el petróleo, proponían una baja en la producción para que su precio se incrementara. Después de un aparente acuerdo, los países miembros aceptaron la propuesta. Un año más tarde los precios del energético comenzaron a desplomarse debido al incumplimiento de Kuwait, de los Emiratos Árabes y de Arabia Saudita de reducir su producción a los niveles acordados por la OPEP.

Irak, segunda potencia militar de la zona después de Israel, con una deuda elevada y una economía deteriorada por la guerra contra Irán, vio mermada su realidad socioeconómica. Ello y sus viejos conflictos territoriales incidieron para la posterior decisión de invadir Kuwait. A principios de 1990 Saddam Hussein, presidente iraquí, advertía en Amman a otros representantes árabes los cambios que se sucederían a raíz del debilitamiento y la desintegración de la Unión Soviética. Según él el expansionismo norteamericano y, en consecuencia, el israelí, no podrían detenerse. La unidad de las naciones árabes, poseedoras fundamentales del petróleo, era la única alternativa para enfrentar a Estados Unidos e Israel.

En ese mismo año, en una reunión diplomática regional llevada a cabo en Jordania, Irak exigía la reducción de la deuda contraída con las monarquías petroleras, a la vez que solicitaba nuevos préstamos. El 28 de mayo, al celebrarse una asamblea de la Liga Árabe en Bagdad, denunciaba que Kuwait libraba una guerra económica en su contra, al oponerse a la reducción de la producción petrolera, sin considerar las estipulaciones entre los países productores, lo cual provocaría la caída del precio del petróleo.

El 16 de julio, el gobierno de Saddam Hussein acusaba a Kuwait de robar 2400 millones de dólares, por la extracción de crudo de algunos pozos fronterizos y lo amenazaba con una intervención militar si continuaba con su actitud desafiante. Al apoderarse de Kuwait, al que Irak debía 35 mil millones de dólares, reduciría su deuda externa en la mitad y, al tomar la Oficina de Inversiones Kuwaití, manejaría una suma calculada entre 100 y 200 mil millones de dólares depositados en el extranjero.

Con esas poderosas razones y con la convicción de que el mundo árabe no lo condenaría por borrar una frontera artificial trazada por el colonialismo europeo, Irak se lanzó a invadir Kuwait el 2 de agosto. Consumada la ocupación, los gobiernos árabes se vincularon más estrechamente con Estados Unidos, por lo que Hussein estaba en desventaja. Ante la situación desfavorable y para romper el cerco al que lo sometieron, el régimen iraquí propuso la paz a su vecino Irán, después de casi 10 años de enfrentamientos. Como la relación de fuerzas había cambiado, Irak debía aceptar las condiciones que le impusieron desde Teherán.

Saddam Hussein planteaba como tema de negociación el abandono de los territorios ocupados por Israel en 1967 y la resolución de la cuestión palestina. La respuesta de la administración Bush fue tajante "son dos temas que no tienen nada que ver".

Hussein pretendió aprovechar el sentimiento popular árabe al involucrar a Israel. Buscaba el apoyo generalizado, incluso de aquellos quienes años atrás habían sido sus enemigos, para romper la alianza que Estados Unidos había pactado con los países árabes. Sin embargo, la intervención israelí era descartada por la máxima potencia occidental. Estados Unidos, la URSS y Gran Bretaña condenaban la invasión y votaron por una resolución conjunta del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que exigía el retiro incondicional e inmediato de las fuerzas iraquíes.

Se ordenó el embargo económico, se congelaron los bienes y propiedades de Irak en Estados Unidos, y George Bush declaró que tomaría cualquier acción necesaria para defender los intereses vitales norteamericanos en el Golfo Pérsico. Entonces se formó una fuerza multinacional y se desplegaron tropas de Estados Unidos en Arabia Saudita. Por su parte, Gran Bretaña y los miembros de la Liga Árabe votaron a favor del envío de fuerzas militares para unirse a las estadounidenses en defensa de la amenazada Arabia Saudita. Irak cerró sus fronteras; mientras que Saddam Hussein declaraba su disposición para resolver la crisis si Israel se alejaba de los territorios ocupados.

El 17 de enero de 1991, ante la protesta civil mundial, comenzó la guerra del Golfo Pérsico, al llevarse a cabo la Operación Tormenta del Desierto, que causó una gran conmoción. Se manifestaba la oposición mundial contra las consecuencias que el conflicto traería: pérdida

de vidas humanas, deterioro de los recursos naturales de la región y daños irreversibles a la ecología mundial por las explosiones, los incendios de pozos petroleros y la destrucción de ciudades consideradas patrimonio cultural de la humanidad.

A pesar de que existieron manifestaciones de apoyo a Saddam Hussein en varios países del mundo, incluyendo la Unión Soviética, la guerra no se detuvo. Se utilizaron las armas más sofisticadas, los estrategas estadounidenses planificaron y ejecutaron la guerra con técnica avanzada, lo cual hizo que este conflicto resultara de interés especial en la historia del hombre. Una tecnología sin precedentes se utilizó en el manejo de las computadoras que coordinaban planes de batalla, trazaban mapas y controlaban aviones, misiles y bombardeos. Los sistemas de comunicación y navegación eran controlados por satélites y radares. El costo de la guerra fue de 64100 millones de dólares. En 42 días de combate se destruyeron poblaciones civiles, plantas generadoras de energía y de alimentos, centros de comunicaciones, refinerías e instalaciones de extracción de petróleo. Las fuerzas armadas de Francia y Arabia Saudita calculaban que, por lo menos, 150 mil soldados y 15 mil civiles iraquíes murieron. Irak, segunda potencia exportadora de crudo, después de Arabia Saudita, quedaba privada de sus ingresos por las exportaciones de petróleo, que representaban 90 por ciento de sus divisas. Se calculaba que Irak necesitaría 200 mil millones de dólares para lograr su recuperación económica.

El 16 de febrero de 1991 Saddam Hussein decidió la evacuación de Kuwait. Entonces, las fuerzas iraquíes salieron del emirato. El 27 de febrero se ordenó el cese al fuego temporal. La ONU recibía una carta de Tarek Azziz, ministro de relaciones exteriores de Irak, donde aceptaba, sin condiciones, todas las resoluciones del Consejo de Seguridad sobre la guerra del Golfo Pérsico.

Para las naciones aliadas, el conflicto fue necesario para mantener saludable el plan económico del mundo. El gasto bélico era una inversión que redundaría en la estabilidad del mercado petrolero y, por ende, en el nuevo orden mundial.

Cambios mundiales

Aunque desde la década de 1970 se consideraba deteriorado el orden iniciado a raíz de la Segunda Guerra Mundial, no fue sino hasta la caída del muro de Berlín, símbolo del derrumbe del bloque socialista, que se agotó el equilibrio político entre las dos superpotencias. El colapso de la Unión Soviética puso fin a la confrontación bipolar y marcó el inicio de una nueva etapa en las relaciones internacionales caracterizada por la supremacía absoluta de Estados Unidos en el escenario mundial.

Bajo la presidencia de George Bush, Estados Unidos se levantó como líder y garante del nuevo orden mundial (NOM), cuyo antecedente directo sería la guerra del Golfo Pérsico, y su cristalización, la etapa posterior que de ella se derivó. Esto significó el compromiso de la gran superpotencia de construir y hacer respetar las normas legales de las relaciones internacionales, la defensa de la democracia y de la autodeterminación de los pueblos, partiendo del respeto que hay que mostrar necesariamente hacia las resoluciones que se tomaran en el seno de la Organización de las Naciones Unidas.

Como líderes de esta nueva política, y ante la posibilidad de que Saddam Hussein alcanzara y controlara el poder energético a nivel mundial, era determinante defender el orden petrolero. La derrota de Irak consolidó a Israel como única potencia militar en la zona petrolera. La hegemonía en Medio Oriente quedó así definida.

El nuevo orden mundial buscaría la formación de un modelo político, económico y social, donde la paz, y no la fuerza militar, fuera el instrumento para estabilizar los conflictos del mundo en que Estados Unidos sólo competiría económicamente contra Japón y la Comunidad Europea.

Considerando tal premisa, Estados Unidos inició la búsqueda de un compromiso entre árabes e israelíes para lograr el equilibrio en la región más rica del mundo en petróleo. La experiencia israelí-palestina se convirtió en el ejemplo de cómo la política de la Casa Blanca planeaba controlar la situación en todos los posibles frentes conflictivos del orbe (Panamá, Cuba, Corea).

Cabe señalar que la política del nuevo orden mundial mostraría una actitud selectiva, que se reflejó claramente cuando se aplicó en el Tercer Mundo. Para el Medio Oriente, y antes de la crisis del Golfo, las políticas establecidas fueron de persuasión y de acercamiento; para América Latina, de dominio; para Asia, de mediación y flexibilidad; mientras que para África se mostró desinterés debido a los graves problemas sociales y económicos que enfrentaba ese continente.

William J. Clinton llegó a la presidencia estadounidense en 1992. Su programa mantenía e impulsaba la tendencia marcada por su antecesor, tanto a nivel global como regional. Sin embargo, los resultados fueron poco positivos, ya que la autodeterminación de los pueblos, el desarrollo democrático y económico y la defensa ecológica, entre los puntos de más interés, no mostrarían una evolución alentadora.

Globalización. Nueva interdependencia económica

Lo que hoy se conoce como *globalización* es un proceso cuyos orígenes deben rastrearse en las manifestaciones económicas, políticas y sociales del último cuarto del siglo XX: preocupación de incluir al Tercer Mundo dentro del contexto internacional, fin de la Guerra Fría, proliferación de armas nucleares, aumento de movimientos e instituciones a nivel mundial, aparición de graves problemas de orden multicultural y poliétnico, y búsqueda de satisfacción a los derechos civiles, entre otros. La globalización es definida por sus promotores como una tendencia a la igualación "hacia arriba" en el comportamiento de las distintas economías nacionales, y con ese simple razonamiento se propone un camino, en el cual cualquier economía abierta, y con sus mercados libres de toda presencia estatal, tiene como destino natural un funcionamiento semejante al del capitalismo desarrollado, a través de espectaculares saltos hacia el primer mundo.

El proyecto globalizador se fue consolidando durante los años que van de 1960 a 1990. La globalización pretende equilibrar las relaciones entre producción mundial, comercio, inversión extranjera y producto interno bruto (PIB), mediante la participación del mayor número posible de la población mundial. Sin embargo, en la práctica esto no se lleva a efecto porque un número reducido de personas tiene en sus manos el control casi absoluto, y evita la participación de las grandes masas en la supuestamente benéfica globalización.

Como una necesidad de adecuarse a la nueva política internacional, fue indispensable la búsqueda de nuevas modalidades comerciales. Durante las negociaciones de la denominada Ronda de Uruguay, que finalizaron el 14 de abril de 1994 en la ciudad de Marrakesh, luego de ocho años de trabajo, se decidió que el GATT fuera sustituido por la Organización Mundial de Comercio (OMC), la cual empezó a funcionar a partir del 1 de enero de 1995. Entre las propuestas de mayor significación, se buscaba ofrecer condiciones favorables a las naciones poco desarrolladas, y que todos los países tuvieran normas similares y regulaciones equitativas a través de decisiones multilaterales. El primer paso de dicha instancia sería convocar a negociaciones relacionadas con el comercio, los problemas laborales y la protección del medio ambiente, además de la promoción del desarrollo sustentable.

Formación y desarrollo de bloques económicos

Como parte del proceso de reestructuración que se presentó en el orden internacional, también se generó una transformación en los centros de poder y en las formas en que se ejerce la hegemonía a nivel mundial. Una tendencia fácil de apreciar fue la conformación de nuevos bloques que compiten por el poder y control de áreas de influencia, tal como lo ejemplifican la Unión Europea, los países de la Cuenca del Pacífico y el Tratado de Libre Comercio de América del Norte.

La Unión Europea

Con el Tratado de la Unión Europea, firmado en Maastricht, Holanda, el 7 de febrero de 1992, se dio un nuevo paso dentro de las intenciones de consolidación regional impulsadas

por las naciones de Europa. En el documento se señaló que la antes llamada Comunidad Económica Europea pasaría a llamarse oficialmente Comunidad Europea, con lo cual se manifestaba la importancia que adquirieron otras actividades no necesariamente económicas, como la protección ambiental, que es vital para la humanidad.

Para llegar al objetivo de una sólida integración, la Unión Europea pretendía crear un área sin fronteras, a través de la cual promover y fortalecer el desarrollo sostenible en los aspectos económico y social, así como establecer una unidad económica y monetaria, lo cual supone el manejo de una moneda común: el ecu, unidad de cuenta europea que se introduciría en los próximos años.

Se buscaba una afirmación de la identidad europea en el plano internacional, mediante una política exterior y de seguridad comunes; se consideraba la posibilidad de crear una ciudadanía de la unión, protegiendo los derechos e intereses de quienes la poseyeran.

Entre sus propósitos estaban impulsar la cooperación en los asuntos de justicia y del interior, y resguardar el acervo comunitario, con la finalidad de apoyar las instituciones comunitarias.

Para alcanzar el objetivo, a partir de 1994 se aplicarían programas plurianuales en aquellos países con tasas de inflación y de deuda pública elevadas, así como un acercamiento a las naciones más estables. Esto podría alcanzarse cuando se cumplieran los compromisos establecidos en el Tratado, evitando en lo posible un déficit excesivo en el presupuesto público.

Los países de la Cuenca del Pacífico

El potencial productivo, con capacidad financiera y comercial, el desarrollo tecnológico, y la existencia favorable de recursos naturales, favorecieron altas tasas de crecimiento en la Cuenca del Pacífico, lo cual estimularía el sector financiero en las economías regionales. Gracias a su poderío financiero y tecnológico, Japón logró romper con el predominio norteamericano sobre sus intereses.

Con el ascenso de Japón como principal exportador de capital a nivel mundial en la década de 1980, se modificaron sustancialmente las relaciones internacionales entre las grandes potencias. A mediados de esa década se colocaba ya como el mayor acreedor del mundo, con 129.8 mil millones de dólares de su capital neto en el extranjero. Los capitales ingleses y alemanes occidentales alcanzaban los 90 y 50 mil millones de dólares, respectivamente.

Por el proceso de rápida industrialización de los países de la Cuenca, lo cual implicó un mayor requerimiento de bienes de capital y una demanda adicional de importaciones en sus mercados (rubros en los cuales Japón tiene una presencia predominante), la región se convirtió en un punto importante del orden económico y político del mundo. A partir de la guerra del Golfo Pérsico, se hicieron mucho más evidentes las diferencias entre Estados Unidos y Japón, profundizándose la guerra comercial y financiera entre las dos naciones. Estados Unidos presionaba para lograr la participación japonesa en la guerra, logrando sólo un apoyo financiero por parte del gobierno nipón. Esto motivó a un rechazo de la población que se negó a la erogación de capitales no destinados a la inversión, porque se consideraba que el único objetivo norteamericano era construir las condiciones para un nuevo orden mundial, donde sólo Estados Unidos tendría beneficios y que, pese a su contribución, al final Japón se vería alejado de toda posición de liderazgo. Esa nueva perspectiva llevó a la necesidad de replantear la labor que debía seguir la política japonesa en su papel de gran potencia, ya que si bien su poderío económico era indudable, las condiciones relativas a las relaciones militares y políticas, con respecto a Estados Unidos, la colocaron en la total subordinación.

El Tratado de Libre Comercio de América del Norte

No sólo los voceros gubernamentales y los teóricos de la globalidad en Estados Unidos se dedicarían a destacar los supuestos beneficios del proceso, sino que aun dentro de algunos sectores políticos o intelectuales progresistas se hablaba de la esperanza de que dentro de la política estadounidense se aplicaran modificaciones, que significaran esfuerzos reales para

asistir al desarrollo social y económico de América Latina, así como del resto del Tercer Mundo. Se creía en aquella política internacionalista que los gobiernos norteamericanos aplicaban, con la intención de estimular a los países latinoamericanos a salir del aislamiento en que se encontraban, lo cual, dicho sea de paso, avanzó de manera poco favorable.

Ante la presencia de importantes centros de poder económico de los países europeos y Japón, Estados Unidos inició la estructuración de proyectos que se convirtieron en herramientas con las que pudiera desenvolverse sin dificultad dentro de la economía mundial. A partir de entonces se decidió a promover la formación de una zona de libre comercio dentro de su área de influencia natural.

Los gobiernos de Canadá, Estados Unidos y México iniciaron las negociaciones necesarias para alcanzar los principales objetivos del proyecto: orientar la política comercial hacia la reducción de barreras tanto arancelarias como no arancelarias, así como hacia la promoción y la diversificación exportadoras.

Las negociaciones terminaron el 12 de agosto de 1992, y con ellas la preparación del Tratado de Libre Comercio (TLC), en el cual se especifican las características, tiempos y principios que tendría el complejo comercial más grande del mundo.

Uno de los beneficios que debería contener el TLC era el relativo a las controversias que pudieran nacer de las relaciones comerciales de los países firmantes, las cuales ya no se solucionarían de manera unilateral, sino que pasarían a un tribunal imparcial que dictaminaría sobre el caso en particular. Se prometía la apertura mercantil, y la atracción de inversiones y tecnología, así como una mayor generación de empleos y una productividad más competitiva.

La circulación del capital no tendría fronteras y sí una gran movilidad en diversos países y regiones. Sin embargo, ese movimiento transnacionalizador sólo trajo un beneficio limitado a las grandes corporaciones de los países desarrollados y sus filiales en el resto del mundo, donde las economías pobres siguen los dictados del proteccionismo de las fuertes, en tanto que ofrecen una fuerza de trabajo que se mueve y se caracteriza por las condiciones establecidas dentro de sus entornos nacionales. Los beneficios que supuestamente recibiría de la globalización dicha fuerza laboral no dependerían del éxito de las empresas productivas y comerciales que se logaran en el ámbito mundial, pues lo precario de sus condiciones responderían y se explicarían a través de la situación de su economía interna.

América Latina en el proceso globalizador

Alcanzar una potencialidad económica superior hizo que las naciones favorecidas, dentro de una política proteccionista, se consideraran con capacidades extraterritoriales de intervención política y militar en los asuntos de otros países. Esta actitud, lejos de apoyar el desarrollo de la globalización, ahonda las ya evidentes desigualdades internacionales.

En una explicación sobre la enunciada extralimitación de las potencias mundiales en los asuntos nacionales, así como sobre el impacto globalizador en Latinoamérica, Carlos M. Vilas afirmaba que: "La capacidad de América Latina de operar con cierta autonomía y de gravitar en el escenario mundial viene reduciéndose desde hace décadas, y los acontecimientos recientes en nada han contribuido a frenar el retroceso".

Si atendemos los índices de participación de los países de América Latina en el comercio mundial, donde encontramos que en 1960 se tenía un 8 por ciento, en 1980 un 6 por ciento, y en 1990 una reducción que le dejaba en un 3.3 por ciento, se corrobora una disminución en la actividad económica, la pérdida de su posibilidad de negociación y una creciente dificultad para participar con fortaleza en los asuntos internacionales. Sin embargo, no todos los sectores sociales se vieron afectados. Mientras que en América Latina se vivía un proceso de depauperización extrema de las mayorías, en la misma región existían élites que "se integran a las puntas del mercado mundial e incluso superan sus patrones de consumo y sus estilos de vida".

Aunque las decisiones de adaptarse al proceso de globalización resultarían con un elevado costo social, se consideran imprescindibles. Se presenta al fenómeno teórica y prácticamente

como la manera más adecuada para completar la integración de las economías, atrasadas o dependientes, al mercado mundial. No obstante, la adopción de esas medidas a las que se somete a las poblaciones de naciones pobres, ante el anuncio de un futuro mejor, sólo lleva a un túnel sin salida. "Hoy, los pobres no tienen nada que ganar. Así, la violencia estructural asume la forma de una desobediencia y rebelión civil y militar". Aunque la globalización marca su presencia fundamentalmente en el campo de la economía, también debe señalarse su influencia dentro de los aspectos políticos y sociales, motivando el que se ponga la mirada en una preocupación en otros valores, como los de libertad, democracia, justicia social, y hasta en el de protección al medio ambiente y de uso de los recursos naturales.

De aquí se desprende la necesidad de reivindicar el derecho a la autodeterminación y el antiimperialismo dentro de un proyecto que contenga propuestas que resulten del pensamiento crítico latinoamericano, y que cuestionen la opción liberal posmoderna. Se trata de un proyecto donde se realice un análisis de las condiciones de pobreza, de la injusticia social y de la desigualdad económica, donde no haya un predominio brutal de las leyes mercantiles que pasen por alto la voluntad política. Con esta práctica se podría mostrar la inexistencia de valores morales y éticos dentro del proyecto de modernidad.

La intención de insertar a América Latina es un reto sumamente difícil de alcanzar, lo cual se hace aun más evidente cuando, sin considerar el atraso histórico de las naciones de la región, se quiere remontar el profundo y amplio espacio que hay con respecto a los países desarrollados.

El mundo en los albores del siglo XXI

El mundo atraviesa por una gigantesca transformación. Nada se queda estable. Todo cambia incesantemente y se desarrolla. Hay cada vez más personas, más automóviles, más hambre, más sensibilidad y dudas. Se acumula mayor cantidad de datos y la mente humana no es capaz de abarcar una pequeña parte de la información acumulada.

Parece que el Estado empieza a desintegrarse, pierde sus funciones clásicas y se descompone tanto arriba como abajo. Por arriba lo desintegran las corporaciones internacionales, las redes multinacionales de información, el mercado mundial y el comercio. Por abajo, desde adentro, todo tipo de movimientos separatistas, liberadores y étnicos. En todas las naciones se observa cómo aumenta el papel de la sociedad civil y disminuye el del Estado. Las sociedades se vuelven las verdaderas protagonistas de los procesos.

El mundo se regionaliza al debilitarse la estructura estatal. La integración avanza. Las regiones se fusionan, se desarrollan, se fortalecen y consolidan. Las fronteras están cambiando de función; hoy empiezan a ser la línea a través de la cual se lleva a cabo un intenso intercambio de mercancías y bienes culturales más que una línea divisoria.

Existen dos mundos, el desarrollado y el no desarrollado. El primero es de un alto y creciente consumo; mientras que en el segundo impera la escasez. En el mundo no desarrollado reina la incapacidad para generar los factores que aseguren su desarrollo. Si no recibe capital, tecnología o el acceso a los mercados desarrollados no tiene posibilidad de desenvolvimiento. La confrontación se cambió por la penetración; hay que infiltrarse en las civilizaciones desarrolladas.

La sociedad de masas es poco impresionable. El extraordinario desarrollo de la técnica, y en particular de la electrónica y la informática, han cambiado de manera colosal la imaginación y la percepción del mundo. La historia que se nos transmite por televisión es una historia global. No es necesario estar en el lugar de los hechos para "formar parte" de ellos: los medios de comunicación se encargan de "transportarnos".

Lecturas sugeridas

Autores varios, *Reestructuración internacional y bloques económicos*, vol. II, México, Instituto de Investigaciones Económicas/UNAM, 1992.

BAZANT, Jan, *Breve historia de Europa central (1938-1993). Checoslovaquia, Polonia, Hungría, Yugoslavia y Rumanía*, México, El Colegio de México, 1993.

GORBACHOV, Mijaíl, *Perestroika*, México, Diana, 1987.

VILAS, Carlos, "Acotando la globalización. Discurso marginador, disfrazado de modernidad", en *Etcétera*, México, 12 de octubre de 1995, pp. 19-21.



Lee historia

Perestroika

Presentación

Mijaíl Gorbachov

Al escribir este libro, mi propósito ha sido dirigirme directamente a los pueblos de la URSS, de los Estados Unidos y, en realidad, a los de cada país.

He conocido gobiernos y líderes de muchos Estados y representantes de sus pueblos, pero ahora deseo hablar, sin intermediarios, a los ciudadanos de todo el mundo sobre cosas que, sin excepción, nos conciernen a todos. Creo en el sentido común de todos ellos. Estoy convencido de que, como yo, se preocupan por el futuro de nuestro planeta. Esto es lo más importante.

Debemos reunirnos y discutirlo. Debemos abordar los problemas con espíritu de cooperación más que de animosidad. Me doy perfectamente cuenta de que no todos estarán de acuerdo conmigo. En realidad, tampoco yo estaría de acuerdo con todo lo que otros dicen sobre diversos temas. Eso hace que el diálogo sea lo más importante. Y este libro es mi contribución a ello.

[...] Es un libro sobre nuestros planes y sobre los caminos que tomaremos para llevarlos a cabo y —lo repito— una invitación al diálogo. Una gran parte de la obra está dedicada al nuevo pensamiento político y a la filosofía de nuestra política exterior. Si ayuda a fortalecer la confianza internacional, consideraré que ha cumplido ampliamente su cometido.

¿Qué es la *perestroika* o reestructuración? ¿Por qué la necesitamos? ¿En qué consisten su esencia y sus objetivos? ¿Qué es lo que rechaza y qué es lo que origina? ¿Cómo está encaminándose y cuáles pueden ser sus consecuencias para la Unión Soviética y la comunidad mundial?

Éstas son todas legítimas preguntas para las cuales muchas personas buscan respuestas: políticos y hombres de negocios; eruditos y periodistas; profesores y médicos; sacerdotes, escritores y estudiantes; trabajadores y granjeros. Muchos de ellos quieren entender qué es lo que efectivamente sucede en la Unión Soviética, especialmente desde que los periódicos y la televisión de Occidente continúan barridos por oleajes de mala voluntad hacia mi país.

La *perestroika* es hoy el punto central de la vida intelectual de nuestra sociedad. Eso es natural, porque concierne al futuro de este país. Los cambios que acarrea afectan a todo el pueblo soviético y abordan los problemas más vitales. Cada uno está ansioso por conocer la clase de sociedad en la que nosotros mismos, nuestros hijos y nuestros nietos viviremos.

Otros países socialistas están demostrando un interés natural y activo en la reestructuración soviética. Ellos también están viviendo un periodo difícil, pero muy importante, de indagación sobre su desarrollo, planeando y probando caminos para acelerar el crecimiento económico y social. El éxito de ellos está ampliamente vinculado con nuestra interacción y con nuestros compromisos y preocupaciones comunes.

Por lo tanto, el interés actual en nuestro país es comprensible, en especial si se considera la influencia que tiene en los problemas mundiales. [...]

La Unión Soviética está viviendo realmente un periodo dramático. El Partido Comunista hizo un análisis crítico de la situación que se había desarrollado a mediados de los años ochenta y formuló esta política de *perestroika* o reestructuración; una política de



aceleración del progreso social y económico del país, y de renovación de todas las esferas de la vida. [...] Por cierto, nuestro país es enorme. Se han acumulado muchos problemas y no va a ser fácil resolverlos, pero los cambios han comenzado y ahora la sociedad no puede echarse atrás.

En Occidente, incluyendo Estados Unidos, hay diferentes interpretaciones sobre la *perestroika*. Existe la opinión de que fue necesaria por el estado desastroso de la economía soviética y que significa desilusión del socialismo, y una crisis de sus ideales y fines últimos. Nada puede estar más lejos de la verdad que esas interpretaciones, cualesquiera sean los motivos que haya detrás de ellas.

Por supuesto que la *perestroika* ha sido ampliamente estimulada por nuestro descontento por la manera en que han funcionado las cosas en nuestro país en los años recientes. Pero en mucha mayor medida fue impulsada por la conciencia de que el potencial del socialismo había sido poco utilizado. Ahora, en los días del 70° aniversario de nuestra Revolución, lo vemos con particular claridad. Tenemos cimientos hechos de sólido material, valiosa experiencia y una perspectiva amplia del mundo, con lo cual podremos perfeccionar nuestra sociedad, con un fin determinado y constante, buscando conseguir aún más grandes utilidades, en términos de cantidad y calidad, en todas nuestras actividades.

Debo decir, desde el comienzo, que la *perestroika* ha demostrado ser más difícil que lo que imaginamos al principio. Tuvimos que reevaluar muchas cosas. Con todo, con cada paso hacia adelante, estamos cada vez más y más convencidos de que hemos tomado la senda correcta y que estamos haciendo las cosas en la forma adecuada.

Algunas personas dicen que las ambiciosas metas puestas en marcha por la política de la *perestroika* en nuestro país han impulsado la propuesta de paz que hemos hecho recientemente en la arena internacional. Esto es una exagerada simplificación. Es bien sabido que la Unión Soviética ha trabajado mucho tiempo para la paz y la cooperación, y ha adelantado muchas propuestas que, de haber sido aceptadas, ya habrían normalizado la situación internacional.

Es cierto que necesitamos condiciones internacionales normales para nuestro progreso interno. Pero queremos un mundo libre de guerras, sin carreras armamentistas, armas nucleares ni violencia, no solamente porque sea una condición óptima para nuestro desarrollo interno. Éste es, objetivamente, un requisito global que proviene de las realidades actuales.

Pero nuestro nuevo pensamiento va más lejos. El mundo vive en una atmósfera, no solamente de amenaza nuclear, sino también de importantes problemas sociales no resueltos; y de nuevas cuestiones apremiantes, creadas por el continuo avance científico y tecnológico, y por la exacerbación de los problemas mundiales. Hoy la humanidad enfrenta problemas sin precedentes y su futuro está en juego si no se encuentran soluciones conjuntas. [...]

Pese a que la perspectiva de muerte por una guerra nuclear es indudablemente el argumento que causa mayor consternación, la cuestión es aún más amplia. La espiral armamentista, aparejada con las realidades militares y políticas del mundo y las persistentes tradiciones del pensamiento político prenuclear, obstruye la cooperación entre países y pueblos, que es —Oriente y Occidente están de acuerdo— indispensable si las naciones del mundo quieren preservar intacta la naturaleza, asegurar su uso racional y la renovación de sus recursos y, por ende, la conveniente supervivencia de los seres humanos.

[...]

En resumen, nosotros, en el liderazgo soviético, llegamos a la conclusión —y lo reiteramos— de que se necesita un nuevo pensamiento político. Más allá de esto, los líderes soviéticos buscan de manera enérgica poder trasladar ese nuevo pensamiento a la acción, fundamentalmente en el campo del desarme. Esto es lo que ha impulsado las iniciativas que en materia de política exterior hemos presentado con honestidad al mundo.

En cuanto al alcance del nuevo pensamiento histórico, realmente abarca todos los problemas básicos de nuestro tiempo.

[...]

La política debe basarse en realidades. Y hoy, la más formidable realidad mundial son los vastos arsenales militares, tanto convencionales como nucleares, de Estados Unidos y de la Unión Soviética. Eso otorga una responsabilidad especial a nuestros dos países frente a todo el mundo. Conscientes de este hecho, buscamos genuinamente mejorar las relaciones soviético-norteamericanas, y alcanzar por lo menos el mínimo de entendimiento mutuo necesario para resolver problemas que serán cruciales para el futuro del mundo.

Decimos abiertamente que rechazamos las aspiraciones de hegemonía por parte de Estados Unidos. No nos gustan ciertos aspectos de la política y la forma de vida norteamericanas. Pero respetamos el derecho del pueblo de Estados Unidos, tanto como el de cualquier otro país, a vivir de acuerdo con sus propias reglas y

leyes, costumbres y gustos. Conocemos y tenemos en cuenta el gran papel representado por Estados Unidos en el mundo moderno; valoramos la contribución de los norteamericanos a la civilización, teniendo en cuenta los intereses legítimos de esa nación y nos damos cuenta de que sin Estados Unidos es imposible erradicar la amenaza de una catástrofe nuclear y asegurar una paz duradera. No tenemos ninguna intención malévolamente hacia el pueblo norteamericano. Estamos listos y deseosos de cooperar en todas las áreas posibles.

Pero queremos cooperar sobre la base de igualdad, mutua comprensión y reciprocidad. Algunas veces nos hemos sentido no solamente desilusionados, sino con serias dudas y riesgos, cuando en Estados Unidos nuestro país es tratado como un agresor: un "imperio del mal", y toda clase de increíbles historias y falsedades se han difundido sobre nosotros; se ha mostrado hacia nuestro pueblo desconfianza y hostilidad; se han impuesto toda clase de limitaciones y se han adoptado actitudes simplemente incivilizadas hacia nosotros. Esta actitud es de una miopía intolerable.

El tiempo pasa y no debe malgastarse. Tenemos que actuar. La situación no nos permite esperar el mo-

mento ideal: hoy se necesita un diálogo constructivo y de gran amplitud. Por eso tratamos de conseguir que haya vinculación entre la televisión de ciudades soviéticas y norteamericanas; entre políticos y figuras públicas soviéticas y norteamericanas; entre ciudadanos comunes soviéticos y norteamericanos. Nuestros medios de comunicación presentan el espectro total de las opiniones de Occidente, incluyendo las más conservadoras de ellas. Nosotros estimulamos los contactos con exponentes de diferentes puntos de vista y distintas convicciones políticas. De esa forma expresamos nuestra comprensión de que estas prácticas ayudan a lograr un mundo recíprocamente aceptable.

Estamos lejos de considerar nuestra propuesta como la única correcta. No tenemos soluciones universales, pero estamos preparados para cooperar sincera y honestamente con Estados Unidos y otros países en la búsqueda de soluciones para todos los problemas, incluso los más difíciles.

Gorbachov, Mijaíl, *Perestroika*, México, Diana, 1987, pp. 7-12.

Lee historia

México y Canadá en el TLC

Pedro Castro Martínez

Los proyectos de integración económica en el área norteamericana tuvieron sus primeros frutos en el Tratado de Libre Comercio entre Canadá y Estados Unidos en 1988. México, durante el gobierno de Miguel de la Madrid, se había mostrado dispuesto a tener relaciones más cercanas y estables con Estados Unidos en el campo económico, por medio de dos acuerdos de entendimiento de comercio e inversión con el propósito de preparar el camino para una relación institucional libre de los vaivenes del proteccionismo norteamericano.

Los planes de México y Canadá frente a Estados Unidos hicieron inevitables los intercambios de impresiones y la búsqueda de espacios compartidos, porque ambos países sostenían que, de no llegarse a un arreglo trilateral, alguno de los dos iba a resultar afectado por el otro en virtud de los acuerdos que por separado mantenían con la potencia mayor. En un principio, el gobierno conservador no se mostraba dispuesto a emprender una nueva e incierta fase de negociaciones después de su tratado de libre comercio con Estados Unidos, con un país de poca importancia para sus inversiones y comercio, con un nivel de vida y salarios más bajos, competitivamente desventajosos. Por otra parte, la oposición canadiense sostenía que el TLC podría incrementar el de por



sí alto nivel de desempleo de su país, ya establecido en un histórico 11 por ciento. El Congreso del Trabajo de Canadá y grupos de opinión afines sostenían que el tratado con México se iba a traducir en la migración de empleos de baja calificación al sur y en la sustitución de bienes canadienses por los importados de México. La baja remuneración de la mano de obra mexicana, por otra parte, iba a ser una ventaja competitiva en contra de Canadá. Asimismo, estaba la preocupación justificada en el sentido de que México había adelantado posiciones de negociación que podrían contrastar negativamente con la postura de Canadá *vis a vis* Estados Unidos. Los nacionalistas pensaron que el gobierno de Mulroney había ido demasiado lejos al haberse sacrificado recursos canadienses valiosos —energía y agua— a fin de complacer los intereses estadounidenses. Al final, Canadá decidió participar en las pláticas trilaterales, más por razones defensivas —para asegurar los términos de acceso al mercado estadounidense en los términos ya pactados— que por las nuevas oportunidades de mercado que hipotéticamente se ofrecían.

“México y Canadá: la búsqueda de una nueva relación”, en *Foro internacional*, núm. 4, vol. XXXIV, oct.-dic. de 1994.

Actividades



1. Establece diferencias y semejanzas de las guerras en Yugoslavia, Checoslovaquia y el Golfo Pérsico; además, define a qué se debe la injerencia de las potencias en tales conflictos.

2. Dibuja varias caricaturas en las que plasmes los beneficios y los perjuicios que trajo para los países participantes el TLC.

3. Representa, con dibujos, caricaturas, fotos, las diferencias entre los países desarrollados y los países no desarrollados, así como la participación de la sociedad civil en tales circunstancias.